

# Reanimación cardiopulmonar

La esposa de un hombre moribundo deseaba estar a su lado mientras se le realizaban las maniobras de reanimación. ¿Era correcto permitirle estar allí?

SUSAN HOHM, RN, CEN, BSN

Staff Nurse, Emergency Department • Thompson Health • Canandaigua, New York

LA ALARMA ERA suficientemente familiar: “código rojo, en el servicio de urgencias”. El paciente era un hombre de aspecto frágil, edad avanzada y con problemas cardíacos. Llevaba aproximadamente una hora en el servicio de urgencias (SU) cuando sufrió un paro cardíaco.

La reanimación cardiopulmonar (RCP) produjo ocasionalmente un ritmo y un pulso viables. Su esposa se sentó en la sala de espera, con la mirada perdida en el vacío. La acompañé a nuestra sala de familiares donde podríamos tener más intimidad, y allí le expliqué la situación. Asintiendo,

me dijo en voz baja que ya sabía que su marido no estaba bien. “¿Desea estar a su lado en estos momentos?”, le pregunté.

“Sí”, respondió ella simplemente. Pero quiso llamar primero a sus hijos, que vivían aproximadamente a una hora de distancia de allí.

Al volver al SU, pregunté al cardiólogo si la esposa del paciente podía verle. Él dudó. Me di cuenta que estaba a punto de decir que no. Repetí la pregunta de forma respetuosa, añadiendo que yo asumiría totalmente la responsabilidad por ella. Le aseguré que la acompañaría fuera en caso de que no pudiera tolerar la situación. Él accedió a regañadientes.

De vuelta en la sala de familiares, le describí brevemente los tubos, los sonidos y las actividades que vería en la habitación donde se

encontraba su marido. También le dije que yo estaría a su lado, y que podría salir de la habitación en el momento que lo deseara.

Al entrar en la habitación donde estaba su marido, la mujer avanzó hacia la cabecera de la cama y le tocó la cabeza. A continuación le dijo con voz calmada lo mucho que le quería y le reprendió cariñosamente, diciéndole que no le estaba permitido hacer esto (el paro cardíaco), ya que había prometido llevar a sus bisnietos al parque zoológico la semana próxima. Mientras decía estas palabras, el hombre, que estaba casi en paro cardíaco completo, giró su cabeza hacia ella. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Aunque no quería distraer a esta mujer de la que probablemente iba a ser la última hora con su marido, le describí brevemente la medicación que se le estaba administrando. Cuando el cardiólogo realizó un ecocardiograma, le pedí que explicara a la esposa del paciente lo que veía en él. Sin dudar, la invitó a acercarse con un gesto, y a continuación le mostró en el monitor de qué forma estaba fallando el corazón de su marido.

## Esfuerzos prolongados

Las maniobras de reanimación fueron largas y dificultosas. Cada vez que el cardiólogo se disponía a llamar al equipo de reanimación, éste advertía un pulso débil y continuaba. En un momento determinado me dijo en voz baja (suficientemente baja para que no le oyera la mujer del paciente): “es muy difícil interrumpir las maniobras de reanimación con ella aquí dentro”.

Asentí con la cabeza y le dije: “ella está muy agradecida de poder estar junto a su marido”.

A pesar de que el pulso del paciente era débil y su presión arterial baja, éste sobrevivió hasta que llegaron sus hijos. Éstos pudieron hablarle e incluso tocarle abriéndose paso entre el entramado de tubos y cables.

Una hora más tarde su estado se deterioró hasta tal punto que ni la RCP ni la medicación pudieron salvarle.

Exactamente una semana después de la hora siguiente a la muerte del paciente vinieron a verme la esposa y la hija de éste. “Estaba cerca de aquí y quise parar a darle las gracias otra vez”, me dijo la esposa del paciente. “Fue tan importante para mis hijos y para mí estar junto a él antes de su muerte.”

Con dignidad y calma controlada me describió el funeral, contenta de que hubieran asistido tantas personas. Para su sorpresa, un escuadrón de aviones de combate voló sobre sus cabezas en señal de respeto; me explicó que años atrás su marido había estado en el ejército.

## Abogar por la familia

Antiguamente la mayoría de las personas morían en sus casas junto a sus seres queridos. Hoy en día, pocas personas experimentan ese consuelo y despedida. Si las circunstancias lo permiten, creo que es correcto abogar por que la familia pueda estar presente cuando el paciente está muriendo, aun cuando el escenario sea el SU de un hospital. Si la familia ve nuestros esfuerzos, entiende la gravedad de la situación y tiene la oportunidad de pasar esos valiosos últimos momentos con ese ser querido, los beneficios casi siempre superan a los riesgos.

Estar juntos fue la decisión acertada de este paciente y su familia. Me alegré de poder ayudar. **■**

